amor; acompañadle conmigo al pie de la cruz; morad en sus abiertas llagas, donde el milano infernal no llegará á perseguiros. Amadme á mí, que soy vuestra, Madre, y algún día oiréis mi dulce voz, que tantas veces habéis deseado escuchar. Al recogeros por la noche, haced sobre vosotras la señal de la cruz, diciendo estas palabras de mi Oficio: «*Nos cum prole pia, benedicat Virgo María. Amén.*»

A mí y la familia mía
Bendice, oh Virgen María! Amén.

(Las Hijas): Sí, Madre, bendecidnos; bendecidnos desde el cielo, y seremos dóciles á vuestra voz, y nos dedicaremos á la santa oración, y á la sombra de Jesús sacramentado nos sentaremos, y comeremos su dulcísimo fruto. Y perseveraremos fieles hasta la muerte con tu auxilio.

CAPITULO III

La busca sin hallazgo.—Los guardas.—El sueño respetado.—Sube por el desierto.—El lecho del Rey.—Su litera.—Salomón coronado.—Cinco diademas.—Voz de María.

VERSO I.

En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

VERSO 2.

Me levantaré y rodearé la ciudad por las calles y las plazas; buscaré al que ama mi alma: busquéle y no le encontré.

Muchas veces prueba Dios á las almas que le aman con una ausencia penosísi-

ma: ocultándoles su divino semblante, aléjaseles como á una región desconocida, y le buscan con dolor y diligencia sin poderle encontrar. Hoy que celebra la Iglesia la fiesta de Santa Rosa de Lima, patrona de las Américas, léese en el Breviario, que por espacio de quince años experimentó esta ausencia del Señor, padeciendo penas más amargas que la misma muerte, aunque después le llovieron á torrentes las celestes consolaciones. Lo mismo se lee de Santa Teresa y de otros santos. El Padre Faber al hablar del dolor de María en la pérdida del Niño Jesús, cree que la santísima Virgen pasó por esta dura prueba, y que al mismo tiempo que le perdía corporalmente, El le hacía sentir su ausencia en lo más íntimo del alma. Y ese estado en que Dios pone á los justos, por la oscuridad que produce le llama San Juan de la Cruz, «Noche oscura», con cuyo nombre escribió un admirable Tratado. Y en esa noche, ó más bien en esas largas noches busca el alma en el lecho pequeño de su corazón á su Amado ausente, pero le busca muchas veces sin

poderlo encontrar, y entonces dice como la Virgen María: «En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma, le busqué y no le encontré.» Y luego añade: «Me levantaré y rodearé la ciudad; por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le encontré.» El lecho es el sepulcro; el lecho es el pesebre; el lecho es el vientre virginal; y con justicia la Esposa le llama lecho suyo, porque todo lo que es del hombre lo tomó el Señor de lo nuestro: de nosotros tomó el nacer, y el ser alimentado, el morir y el ser sepultado. «En mi lecho lo busqué; mas en tí buscabas lo que él ya de tí había tomado: ya cambió el cielo por el sepulcro y el establo. ¿Y tú le buscas aún en su lecho? Resucitó, no está allí: hase revestido de decoro y fortaleza, y ahora se sienta sobre los querubines el que yacía bajo la losa del sepulcro.» Por lo demás, el alma no encuentra á Jesucristo cuando le busca en el lecho de la pereza, de sus comodidades, de la curiosidad ó del ocio, porque en todo esto no se le halla, pues como dice San Ambrosio: «Si quieres encon-

trarle, búscalo sin cesar y sin temer los trabajos, pues entre los dolores del cuerpo y aun entre las manos de los perseguidores mejor se le encuentra.» El Esposo se esconde cuando se le busca, dice San Gregorio, para que al no encontrarle, con más ardor se le busque, y dilata el darse á ver á su Esposa, para que con su tardanza se haga capaz, y á veces multiplicadamente encuentre lo que buscaba.»

En cuanto á la Virgen santísima, dice Ruperto, que después que Cristo quiso ser bautizado, le buscó en el lecho, esto es, en su habitación, y no le encontró, porque el Espíritu Santo lo había llevado al desierto; que después, cuando el Señor andaba por las ciudades y los castillos, Ella le seguía y le buscaba para escucharle: que luego le buscó en la cruz, y que allí, en vez de encontrar al Amado, encontró una espada que le traspasó el corazón, y que después le buscó vivo, y no le halló, porque estaba muerto en el sepulcro.

VERSO 3.

Encontráronme los guardas que cuidan
la ciudad, y les dije: ¿acaso vísteis
al que ama mi alma?

VERSO 4.

Un poquito de haberlos pasado encontré
al que ama mi alma: le tuve;
no lo dejaré hasta que lo introduzca en
la casa de mi Madre y en la recámara
de la que me dió á luz.

Dicen los doctores al explicar este verso, que por los guardas ó centinelas de la ciudad, no se entienden los que vigilan en puntos fijos y sin moverse de allí, á los que no podría encontrar la Esposa andando por las calles; mas se extienden aquellos guardas que rondan por la ciudad guardando el orden, y que entre nosotros suelen llamarse rondas ó

patrullas, con los cuales dice la Esposa que se encontró andando por las calles. Y estos guardas ó vigilantes significan á los Obispos, doctores ó superiores eclesiásticos, pues ellos vigilan por el orden en la Iglesia y á ellos les está encomendada la guarda de las almas de los fieles; y así, dice aquí la Esposa que la encontraron, porque salen al encuentro de las almas necesitadas; y ella luego les descubrió su aflicción preguntándoles: ¿Acaso visteis al que ama mi alma? y no dice lo que le hubiesen respondido, lo que pertenece á la Sinagoga y al pueblo judío, que no supo llevar á Cristo á las almas. Mas sigue diciendo la Esposa, que á poco de haberlos pasado, encontró al Amado á quien buscaba; y explican los santos que al pasar de estos guardas se encuentra al Señor, porque es necesario no apegarse á las criaturas, sino pasar más adelante, aunque ellas nos muestren el camino. «Cuando la Iglesia andaba buscando á su Redentor, dice San Gregorio Papa, no quiso poner su esperanza en los antiguos doctores, pues nos dice un poquito después de pasarlos:

encontré al que ama mi alma, y no habría podido encontrarle, si no los hubiese dejado atrás.» Lo cierto es que la Esposa por fin le halló y le tuvo, y protestó que no lo dejaría hasta introducirlo en la casa y en el mismo aposento de su Madre, porque el alma le encuentra por la fe y le tiene por la caridad, y espera no separarse de él jamás, y así lo propone por la virtud de la esperanza, todo lo cual explica muy dulcemente San Bernardo, quien dice que el alma se desposa con Cristo, le abraza con los brazos del entendimiento y voluntad, y le mete á lo más íntimo de su corazón, que es como el retrete de su alma.

En cuanto á la Virgen Santísima, es de saber, que siendo el dolor que padeció con la pérdida del Divino Niño, uno de sus más penetrantes y amargos dolores, el cual era figurativo de la pérdida de Jesús en su muerte y de su hallazgo en su Resurrección, como admirablemente lo explica el Padre Faber, de allí es que este dolor y este gozo aparezcan muchas veces en el sagrado Cántico, ya debajo de unas, ya debajo de otras ale-

gorías; y así, en estos versos se indica que la Bienaventurada Virgen, buscando á Jesús perdido, le encontró en el templo en medio de los doctores, y le tuvo, y no lo dejó hasta introducirlo en la casa de su madre, permitiéndole que anduviese por las ciudades y castillos predicando la divina palabra. Y así, ella fué causa del primer milagro obrado por el divino Redentor. Finalmente, introducida Ella al cielo por su santísimo Hijo, introduce consigo á sus devotos para que gocen con Ella de la bienaventuranza, como le canta la Iglesia en su Oficio Parvo:

Porque entren á la gloria
De Adán los tristes hijos,
Del cielo haces las puertas
Girar sobre sus quicios.

VERSO 5.

Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no levantéis ni hagáis despertar á la amada, hasta que ella quiera.

Como este verso ya queda explicado anteriormente, pues es el séptimo del capítulo anterior, sólo advertiremos que se trata del éxtasis del amor divino, pues el alma, como se acaba de decir, tiene á su Esposo, y no la dejará, y esta unión le causa un arrobamiento, del cual manda el Señor á sus ángeles que no la despierten ni la saquen. Y si Dios ha favorecido con este don á tantas almas, de pensar es cómo no lo haría con su santísima Madre.

Mas después de este segundo sueño misterioso, Ella se levanta, y el Esposo la mira en el campo, y él y sus compañeros la alaban como vamos á ver en el verso siguiente.

VERSO 6.

¿Quién es ésta que sube por el desierto como varilla de humo de los aromas de la mirra y del incienso y de todo el polvo del perfumista?

Primeramente, es de saber que los hebreos, así como dan el nombre de mar á los lagos, como el Evangelio que habla del mar de Tiberiades, que no era más que un lago, así también al campo le llaman desierto, porque en comparación de las ciudades se ve solo y sin gente. Así, en este verso se ve á la Esposa subir del campo al palacio real; y al verla los jóvenes compañeros del Esposo, con él á la cabeza, admirando su hermosura, preguntan quién es Ella, y la comparan con una varilla ó columna delgada de humo que sube recta á lo alto, y que derrama el olor de preciosos perfumes mezclados con arte. Por esta varilla de humo han entendido los Padres y doctores las diversas virtudes de los fieles que com-

ponen la Iglesia, Esposa de Cristo: San Anselmo, por el polvo de perfumista entiende la humildad; y San Gregorio el sutil examen de nuestras obras; San Ambrosio y el Niseno, piensan que son los ángeles quienes admiran al alma que sube del desierto de este mundo á la altura de la perfección; San Gregorio Papa, ve en la varilla de humo, el olor de la buena fama y la sutileza de la mente; Ruperto cree que el desierto indica la vida solitaria; San Bernardo, la simplicidad y humildad cristiana; otros, por el incienso y la mirra, entienden la oración y la mortificación.

Todo esto es muy hermoso y muy cierto; mas en cuanto á nuestra amada Madre María, á quien todo puede especialmente aplicársele, Ella subió por el desierto de este mundo como varilla recta, por la rectitud de sus intenciones; con el olor de la mirra y del incienso, por su continua mortificación y su elevada oración; y con el olor de todos los polvos del perfumista, porque en el polvo de su profundísima humildad había puesto Dios el germen de todas las virtudes, que

con actos incesantes hacía Ella crecer y subir al cielo. San Jerónimo, escribiendo á Santa Paula y á su hija la virgen Estoquio, les habla de la Asunción de Nuestra Señora, y dice: que «esta festividad es muy superior á las de los santos, como María es superior á todos, y es también muy admirable á las virtudes angélicas. Y por eso, los espíritus celestiales embelesados preguntan: ¿Quién es ésta que sube por el desierto como varilla de humo de muchos aromas? Dícese varilla de humo, porque es tierna y delicada, y arde por dentro como un holocausto encendido en el fuego del santo amor y de inflamados deseos. Subía, pues, la Madre de Dios, del desierto del siglo presente, como vara salida de la raiz de Jesé; mas las almas de los escogidos la admiraban llenos de gozo, preguntando quién era, porque en los méritos de sus virtudes sobrepujaba y vencía la dignidad de los ángeles.»

Después de esto, los jóvenes compañeros del Esposo comienzan á describir y á alabar, primero el lecho de Salomón, y después su litera ó carroza; y en seguida convidan á las hijas de Sión, que salgan á mirar al Rey coronado por su madre, como vamos á ver en los versos siguientes.

VERSO 7.

Ved aquí que al lecho de Salomón
sesenta fuertes lo rodean, de los más
fuertes de Israel.

VERSO 8.

Todos portando espadas y peritísimos para las guerras: la espada
de cada uno sobre su costado
por los temores nocturnos.

Por este lecho entienden los Padres ya la Iglesia de los primeros fieles, en que descansaba el verdadero Salomón, Cristo Señor nuestro; ya las ciudades de Antioquía y de Roma que fundó San Pedro, donde floreció tanto el cristianismo, y ya el alma santa á quien defienden y

rodean los fuertes ángeles; ya la oración en la que el alma duerme y descansa; ya la santa cruz donde el Señor durmió por nosotros el sueño de la muerte; ya por fin, el descanso eterno de la gloria. Y todo esto es muy bien dicho y muy útil de considerar; pero aquí vamos á aplicarlo, como todo, á la Virgen santísima. Ella es el lecho en que el Verbo eterno, desposándose con nuestra humanidad, descansó durante nueve meses, y su seno y sus brazos virginales donde tierno Infante se reclinaba y dormía en los primeros años de su niñez; y á este lecho lo guardaban sesenta fuertes entre los mas fuertes de Israel; es decir, la multitud de ángeles deputados por Dios para acompañarle y honrarle. Y aquí diremos de paso, como enseña Santo Tomás, que Nuestro Señor Jesucristo no tuvo ángel custodio, porque él es el Custodio de los ángeles y de los hombres. El decir que los fuertes eran muy entendidos en la guerra, y que cada uno tenía su espada por los temores de la noche, es significar que los ángeles siempre están como armados con la espada del poder que Dios les

comunica, y que son muy peritos en la guerra contra los demonios y continuamente nos defienden en los temores de la noche; es decir, en los peligros de nuestra triste vida. El Abad Ruperto dice, que los sesenta fuertes de Israel, son otros tantos patriarcas y caudillos del pueblo judío, que le defendieron y protegieron hasta el nacimiento de la santísima Virgen.

No, no olvidemos por fin, que podemos hacer de nuestro corazón un lecho en el que venga á descansar Jesús en la Eucaristía; y lo hemos de defender, con el auxilio de los ángeles y santos, de los diabólicos ataques; y también será un lecho en el que nuestra muy amada Madre descanse en cierto modo por su amor y devoción.

VERSO 9.

Litera hizo para sí el Rey
Salomón, de árboles del Líbano.

VERSO 10.

Sus columnas hizo de plata,
el reclinatorio de oro, la subida
de púrpura, lo de en medio
lo tapizó de caridad por las hijas de
Jerusalén.

Mucho es lo que han discurrido los doctores acerca de este aparato de Salomón, pues algunos han creído que se trataba de un trono real, montado sobre algunas gradas y tapizado de púrpura. Y verdaderamente cuadra á un trono la magnificencia con que está descrito. Otros creen que se trata de un portaviandas, porque así parece significarlo el nombre que se le da en el idioma la-

tino. Algunos conjeturan que se trata de un asiento, ó más bien de una especie de lecho que se ocupaba durante la comida, y el cual estaba fabricado con mucha riqueza, como todo lo de Salomón; pero para esto no se necesitarían gradas, pues los triclinios que para esto se usaban eran bajos, y no alzaban mucho de la tierra. Así, pues, parece mejor tratarse aquí de una litera ó especie de carroza en que paseaba Salomón por las calles, puesto que en el verso siguiente se invita á las hijas de Jerusalén á salir á verle, esto es, como sentado en esta litera. Esta litera significa, pues, la humanidad de nuestro divino Redentor, que fué como la portadora de la divinidad; y de ambas, es decir, de la divinidad y humanidad, es litera la sagrada Eucaristía, principalmente cuando se lleva en devota procesión en la custodia de oro, rodeada de los sacerdotes y Levitas cubiertas de ricas y sagradas vestiduras. Esta litera está hecha de madera del Líbano, esto es, de la purísima sangre de la Virgen María; las columnas de plata, son la sabiduría y elocuencia del

Señor, y su voz sonora como la plata en la predicación; el reclinatorio de oro, son los dones del Espíritu Santo que descansó sobre Cristo, como lo anunciaba el profeta Isaías (Isaí. XI. 2), y en los cuales también el Señor descansaba; la subida de púrpura es su sudor de sangre y sus otros pasos sangrientos por los cuales subió el Señor á la cruz. Lo de en medio, adornado de caridad, es el dulcísimo Corazón de Jesús colocado en medio de su pecho, y que está siempre ardiendo en amor de los hombres, como se le representó á la Bienaventurada Margarita; y por eso dice que el medio está adornado de caridad por las hijas de Jerusalén, esto es, por las almas de los fieles que pertenecen á la Iglesia. Y así de la lengua santa puede sacarse: «El medio de la litera lo ocupa ardiendo de amor», es decir, el mismo Esposo Cristo.

Era, pues, la Virgen santísima, nuestra muy amada Madre, la litera viviente que en su seno llevó muchos meses al Hijo de Dios; las columnas fueron sus dos brazos con que le estrechaba y le arrullaba; el reclinatorio fué su seno y su

pecho, en el que el Niño dulcemente se reclinaba; la subida de púrpura fué su mente, su cabeza y su cabello; y lo de en medio, ardiendo en caridad, era su purísimo corazón, que al mismo tiempo ardía en el amor de Dios y en el de las almas, hijas de Jerusalén; por lo cual dice San Bernardo: «¿Quién podrá dudar que las entrañas de María estaban como empapadas en afecto de caridad, por haber descansado corporalmente en ellas durante nueve meses la misma caridad, que es Dios?..... ni hay en la tierra lugar más digno que el templo del vientre virginal, en el que María recibió al Hijo de Dios, ni en el cielo hay lugar más digno que el solio real en el que el Hijo sublimó á su Madre en el día de su Asunción.» María, pues, es la litera magnífica que porta al verdadero Salomón, y por Ella debemos pasar para llegar á él, y de su corazón purísimo habemos de pasar al deífico Corazón de Jesús, y por las gradas de sus dolores hemos de subir á los purpúreos misterios de la Pasión del Señor.